EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL HIJO DEL BOTICARIO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

RAFAEL RAMÍREZ

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1899

Al notable actor y director
Manuel Espejo

[illegible]

EL HIJO DEL BOTICARIO

EL HIJO DEL BOTICARIO

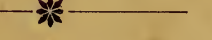
JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

RAFAEL RAMÍREZ

Estrenado con gran éxito en el TEATRO BARBIERI la noche del 18 de Enero de 1899



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1899

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MILAGROS	SRTA.	MOLINS.
RITA	SRA.	DELOSO.
SINFORIANO	SR.	COGGIOLA.
EL CORONEL		SOTO.
COSME		ANGULO.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda; las del actor

A Enrique Jiménez de Quirós

su buen amigo y compañero

Rafael Ramírez

Un millón de gracias

á la Srta. Molins, Sra. Deloso y los señores Coggiola, Soto y Angulo, que contribuyeron con su claro talento al éxito de este humilde juguete.

Rafael Ramírez

ACTO UNICO

Sala lujosamente amueblada. Mesa con tapete á la izquierda. Puerta al foro y laterales

ESCENA PRIMERA

RITA y COSME

RITA — ¡Te digo que no me abraces!
COSME — *Chiquiya,* no te incomodes
y comprende que de estopa
son casi todos los hombres,
y en cuanto que la mujer,
que es un tiro de *rigolver*
mal comparao, se aproxima
á uno cualquiera, le rompe
su corazón, *manque* sea
bien de peña, *ú* bien de bronce.
RITA — ¿Y el tuyo está roto?
COSME — ¡Digo!
¡Hecho la mar de *girones!*
RITA — ¿Y quién ha sido la autora
de esa rotura?
COSME — ¡Los soles
que *ties* por ojos, *chiquiya!*
RITA — ¡Ay qué gracia!
COSME — ¡Como lo oyes!
RITA — ¿Y es muy duro?
COSME — ¡Mazapán
de Toledo!

RITA — ¡Rico entonces!

COSME — ¡Olé tu cuerpo!

RITA — No grites
que pueden oirte.

COSME — ¡Ole!

RITA — ¡Y dale! Que están ahí,
(Señalando primera izquierda.)
y de ahí todo se oye.

COSME — Bien; de modo que la toca
á tu señora esta noche
el Real, y tocándola á ella,
mi coronel, que no es torpe
y que está loco *perdío*
por sus pedazos, de golpe
se planta en el Real, y tu
yo, mis primas, Quico y Roque
de *garata* hasta la una.

RITA — No, no tanto, hasta las once.

COSME — ¡Qué bien dice, *tó* el que dice
que la perdición del hombre
es la mujer!

RITA — ¿La mujer?

COSME — ¡Digo! Hay mujer que le pone
á uno la cabeza así
de infundios y de razones
y de cariño y de *tó*
y cuando al fin y á la postre
se va creyendo uno algo,
resulta el más listo, un pobre
chino, á quien han *engañao*
sin saber cómo ni en dónde.

RITA — ¿De veritas?

COSME — En seguida
iba á estar yo en relaciones
como uno, que según dice
la portera, habla á la joven
del tercero. Me ha *contao*
que mañana tarde y noche
está saltando de cuatro
en cuatro los escalones;
unas veces porque viene
la mamá, otras porque tose
algún vecino que baja,
otras veces porque se oye

subir al papá; te digo
que *pa* tener relaciones
así más vale morirse.
Luego, que el padre es un hombre,
según dice la portera,
capaz de tragarse un cofre
y que no *pratica* nunca
más que las malas acciones.
A la criada la tiene
medio espachurrada á golpes;
no bien la dice una cosa
quie que la chica al galope
la tenga ya preparada
y si no la descompone.
A su mujer y á su hija
también las *osequia* el hombre
de cuando en cuando, con algo
caliente *pa* que no roben
nada al tiempo, y tengan mucho
que rascar. Todas las noches
cuando vienen del teatro,
á poco más de las doce,
porque la portera dice
que trabajan no sé donde,
arman siempre en la escalera
una de gritos y voces...

RITA. Pero, ¿en qué piensa el casero
que no les da pasaporte?

COSME. ¡Yo que sé! Pues al muchacho,
ese que está en relaciones
con su niña, ha prometido
darle, donde le halle, un golpe,
porque su niña ha nacido
para ser mujer de un conde,
ó de un marqués, ó de un duque,
pero no de un alcornoque.

RITA. ¡Qué barbaridad!

COSME. De modo
que ya puede andar el joven
con precauciones, no sea
que le mate, *ú* que le ahogue.
¿Tú conoces á ese padre?

RITA. Yo, no.

COSME. ¿Que no le conoces?

RITA ¡Yo qué le he de conocer!
¡Solamente sé su nombre!

COSME ¿Cómo se llama?

RITA Fernando
de no sé qué.

COSME Pues entonces,
¿como mi amo se llama?

RITA Cabal.

COSME (Por la cabeza.)
Pues esta responde
de que ese socio es tan bruto
como tú y yo *semos* jóvenes.
¿Y la chica qué tal és?

RITA Nunca la he visto.

COSME ¿Y al joven
de la escalera?

RITA Tampoco.

COSME ¡Rita, qué pelma te pones!

RITA Pero si no los conozco,
¿qué voy á decirte, Cosme?

COSME En cambio tú y yo jamás
hemos *tomao* precauciones
pa decirnos dos palabras
de cariño, á pata, en coche,
en la calle, en el teatro,
ni en el Retiro, ¿de dónde?

RITA ¡Porque no tengo á mis padres
en *Madrí!*

COSME Estamos conformes.
Pero si estuvieran, ¿qué?

RITA ¡Me vigilarían, hombre!

COSME ¿Te vigilarían?

RITA Sí.

COSME Pues se iban á estar entonces
de imaginaria tus padres
por mañana, tarde y noche,
y los iba á hacer rabiar
poco... Tú ya me conoces,
de manera...

RITA Sí, ya sé
que algunas veces te pones
que no hay por donde cogerte
de animal.

COSME No me eches flores,

pero dí que es la *chipén*
lo que digo.

RITA — *¡Chipén*, Cosme!
¡Que viene la señorita!
(Mirando á la primera izquierda.)

COSME — ¡Digo! Y el corneta de órdenes
á su *lao*.

RITA — No seas bestia
y ten respeto.

COSME — Conforme;
pero á veces no se pueden
dominar las impresiones
y mete uno la *patita*,
sin darse cuenta, en el sobre
que envuelve la educación,
y, como es justo, lo rompe.

RITA — ¡Vamos!

COSME — ¡Olé, generala
de mi cuerpo!

RITA — Gracias, sorche,
y adelante, que se acercan;
¡anda, animal!
(Cosme abraza á Rita, al propio tiempo de hacer mutis por la segunda izquierda y de decir:)

COSME — ¡A la orden!

ESCENA II

MILAGROS, CORONEL

COR. — Nada de particular
se encierra dentro del drama;
lo de siempre, una mujer
excesivamente mala
que al año de matrimonio
con un amante se escapa.
Un marido que no abriga
nada más que la esperanza
de vengarse, y que, por fin,
lo realiza, pues mata
á la infame que le trajo
para siempre la desgracia;
y un traidor que también muere

por no sé qué circunstancia.
Luego dos ó tres telones
nuevos, un baile de máscaras
al final del segundo acto,
de efecto, y una gran marcha
què yo no sé qué maestro
ha escrito para ese drama.
La ejecución deficiente,
porque ni el galán, ni el barba
ni el gracioso, se sabían
del papel ni una palabra.
La que tuvo algún momento
que otro feliz, fué la dama,
sobre todo en el cuarto acto
cuando el marido la agarra
por el cabello y la tira
después por una ventana.
En fin, un drama de esos
que no llegan nunca al alma
y que tampoco se puede
gritar.

MIL. ¿Quién lo ha escrito?

COR. Gándara;
aquel chico sevillano
que le presenté á usté en casa
de la Baronesa Libre,
y nos leyó varias fábulas.

MIL. ¡Ya recuerdo!

COR. Primo hermano
de ese que dicen si anda
ó no anda medio loco
por usted.

MIL. ¿Qué?

COR. Mi palabra.

MIL. ¡Fernando, por Dios!

COR. Lo dicho.
Trino Monago se llama,
y es conde del Salto.

MIL. ¿Conde?

COR. Y está casado.

MIL. ¡Caramba!

COR. Y tiene cuatro hijos. ¡Cuatro!

MIL. ¡Buena información!

COR. No es mala.

Mariano, mi lacayito,
que antes estuvo en su casa,
me ha referido la historia
de ese hombre, bien detallada.

MIL. ¿Conque casado y con hijos?

COR. Y he sabido que el canalla
ha hecho una apuesta con cierto
personaje de importancia,
comprometiéndose á ser,
dentro de un par de semanas,
dueño de su corazón.

MIL. ¿De veras?

COR. Puede dar gracias
á Dios que yo no le vea,
pues si mi vista le halla,
juro, á fe de caballero,
que le he de romper el alma.

MIL. ¡Por Dios, Fernando!

COR. Yo soy
esclavo de mi palabra,
y si tuviera mil vidas
las mil vidas me arrancara
antes de faltar á ella.
¡Yo tengo honor!

MIL. ¡Ahí es nada!
Si yo tuviera mil vidas...
(Dice esto con entonación grave, pero cómica.)
Eso debe ser del drama
que vió usted representar
anoche.

COR. No, por desgracia.

MIL. Déjese usted de tontunas,
y hablemos como se habla
entre amigos.

COR. ¿Nada más?

MIL. ¿Me escucha usted?

COR. Usted manda

MIL. (Pausa.)
Está muy celoso el tiempo.

COR. Señora, no sea usted mala
conmigo, ni tome á broma
la honradez de mi palabra;
y puesto que usté á mis celos
concede poca importancia,

le juro, á fe de Fernando,
que he de tomar la revancha.
Y en cuanto á ese mequetrefe,
si es cierto lo que se habla,
¡voto á mil caballos!, que
no le arriendo la ganancia.

MIL. Repórtese usted.
(Algo incomodada al ver que se ha subido de tono el Coronel.)

COR. (Baja la voz.) Le digo
á usted que prueba mis balas
Monago, como me llamo
Fernando de Santillana.

MIL. Pero, ¡qué tonto es usted!

COR. Bueno, ya sólo faltaba
que me llamase usted tonto.

MIL. ¡Tonto y simple.

COR. Muchas gracias.

MIL. (Pausa.)
¿Va usté al Real?

COR. Creo que no.
¿Y usted, va?

MIL. Puede que vaya.

COR. Puede, no quiere decir
absolutamente nada.

MIL. Bueno, está bien; pues haré
aquello que más me plazca.

COR. Entonces me callo.

MIL. Abur.
(Levantándose y dirigiéndose á la primera izquierda.)

COR. Señora, estoy á sus plantas.

MIL. Beso á usted la mano.

COR. (Dirigiéndose al foro.) Adiós.

MIL. (¡Qué tonto!)

COR. (Pero, ¡qué ingrata!)
(Mutis del Coronel foro.)

ESCENA III

MILAGROS

Qué requeteempalagoso
se me ha puesto el angelito
del Coronel. Más celoso

que un turco es el pobrecito.
¡Que qué digo, que qué hago,
que soy ingrata y cruel!
¡Que si me quiere Monago,
que si no le quiero á él!
Si digo sí, él dice no.
El llora, si yo me río.
¡Hasta suda cuando yo
le digo que tengo frío!
¡Por Dios, con un hombre así
no se va á ninguna parte!
¡Siempre en guerra! Para mí
es un rival del dios Marte.
¡Qué manías y qué prontos,
qué necias ridiculeces!
Pero los hombres, ¡qué tontos
se ponen algunas veces!
El es todo un caballero
y un partido ventajoso,
esto es indudable. Pero,
¡Dios mío!, si es tan celoso...
Por una simple tontuna
hay pie para sus querellas:
tiene celos de la luna,
y del sol y las estrellas.
Y dice que una presume
porque sabe que es hermosa
y bonita, y me consume
de una manera horrorosa.
Y todos, todos... ¡casados!
solteros... ¡sin excepción!,
parece que está cortados
por idéntico patrón.

ESCENA IV

MILAGROS, RITA por el foro con una carta

RITA — ¡Señorita!
MIL. — ¿Qué?
RITA — Esta carta
que ahora acaban de traer.
MIL. — Dame. (Toma la carta.)

RITA ¿Preparo la ropa?
MIL. ¿La ropa?
RITA Sí.
MIL. ¿Para qué?
RITA Para el teatro. ¿No va
la señorita hoy á el
Teatro Real?
MIL. No.
RITA ¿Que no?
MIL. Justo.
(A Rita, que se habrá quedado pensativa y como sintiendo la resolución de su señora.)
¿Qué haces ahí, mujer?
RITA Nada, (¡que se aguó la fiesta!)
(Mutis Rita foro. Milagros, que habrá abierto la carta, dice con sobresalto.)
MIL. ¡Dios mío! ¡Pero qué es
lo que leo! Sí, «Monago.»
(Leyendo.)
«Esta noche, de ocho á diez,
iré á verla y á postrarme
de hinojos ante sus pies.
No dudo que una señora
tan amable como usted,
me recibirá.» ¡Canalla!
«Y si no lo quiere hacer,
gracias al diablo dispongo
de un medio, y conseguiré,
si no de grado, por fuerza,
verla y hablarla.» Y yo, ¿qué
hago en esta situación
que es comprometida? ¿A ver?
Lo que me dijo no ha mucho
enfadado el coronel
es verdad. Luego ese Trino
Monago existe, y ese tal fué
el que ha apostado, según
don Fernando, antes de ayer
en el Casino. ¿Y qué hago?
Si me fuera al Real... ¡eso es!
(Toca el timbre. Rita foro.)

ESCENA V

DICHA y RITA

RITA Señorita.
MIL. Voy al Real.
RITA ¿De veras? (Muy contenta.)
MIL. Saca la ropa,
y vé preparando todo,
porque antes de media hora
quiero estar en el teatro.
RITA Corriente. (¡Si estará loca!)
(Mutis primera derecha. Milagros se sienta á escribir. A poco vuelve a salir Rita por donde se marcha.)
MIL. «Fernando; me he decidido,
y como sé que las cosas
hay que tomarlas con calma...»
¡Con calma! ¡Y yo tan nerviosa!
Esta noche voy al Real,
se lo advierto por si me honra
con su compañía. Adiós.
Milagros.» (Cierra la carta.)
Y digo yo ahora,
¿no será esta carta algún
invento del que se toma
tanto interés...? ¿No será
esto de Fernando?
RITA (Saliendo primera derecha.)
Toda
la ropa la tiene usted
ya preparada, señora.
MIL. Corriente. Hay que llevar esto
en seguida.
RITA Bueno.
MIL. Bola
treinta y cinco; por fortuna
es cerca, que vaya Antonia,
que tú tienes que vestirme.
RITA Está muy bien. Hasta ahora.
(Milagros hace mutis primera derecha. Rita se dirige al foro después de decir el verso que sigue, y vuelve á la segunda derecha; en seguida Cosme.)

ESCENA VI

RITA y COSME

RITA Dejaré la puerta abierta.
Oye, Cosme.
COSME (Dentro.) ¿Qué?
RITA ¡No comas
más bizcochos!
COSME (Dentro.) ¡Si me gustan!
RITA Sabrás que va la señora
al Real.
COSME (Dentro.) ¡Ole!
RITA ¡Cállate! (Mutis foro.)
COSME (Dentro.)
¡Bendita sea tu boca!
(Sale mascullando.)
y ¡benditos tus pinreles!
y ¡bendita tu *presona!*
y... *chiquiya*...
(Asomándose á la izquierda.)
¡Caracoles!
¡Vaya una pata más gorda!
Si me descuido echo una
bendición á la señora!
Y yo tengo que marcharme,
porque si no va á ser floja
la *patá* que me va á dar
mi amo en cuanto me coja.
Me he comido dos docenas
de mantecadas de Astorga,
y me he bebido lo menos
botella y media de Rioja.
Así es que estoy superior
dende el pelo hasta las botas.
RITA (Saliendo.)
¡Cosme!
COSME ¡Olé, por mi chiquilla!
RITA Calla y espera, que ahora
se va la señora al Real,
y hablaremos.
COSME Es que importa

que vea á mi Coronel,
porque preveo una torta
con visos de *gofetá*
si no le veo, graciosa.

RITA Ahora salgo, espérame
en el comedor, te tomas
una copa, y se acabó.

COSME Yo no tomo ya más copas,
porque le hablo á Dios de tú
en cuanta me tome otra.

RITA Vuelvo. La puerta está abierta
hasta que regrese Antonia.
(Mutis primera izquierda.)

COSME Pues, señor, no hay más remedio.
Ya que á Rita se le antoja
que espere, me esperaré.
(Haciendo mutis segunda izquierda.)
¡Camará, van á ser pocas
las que me va á dar mi amo
en cuantito que me coja! (Mutis.)

ESCENA VII

SINFORIANO, que entra por el foro derecha. Llevará el traje en desorden y varios arañazos

¡Qué atrocidad! ¡Qué manera
tiene ese hombre de dar palos!
Si no es la casualidad
de hallarse abierto este cuarto,
me luzco. ¡Valiente tío!
¡Vaya un papá! ¡Qué geniazo!
Yo ya sabía que era
muy bruto, pero no tanto.
A pesar de que soy listo,
hoy, sin querer, me han pillado;
pero ha sido porque ya
no le suenan los zapatos,
que si no... Y no me ha cogido
nada más que con las manos
en la masa; digo, no,
en la boca, porque Amparo
sacó por el ventanillo
la mano, y cuando mis labios

dulcemente sobre el cutis
de mi novia se apoyaron ..
¡zas!, la primera en la frente.
¡Fué pistonudo el trastazo!
Por poco rompo la puerta
con la cabeza. ¡Qué bárbaro!
¡Y qué fuerzas tiene el hombre
y qué *agilidá!* ¡Y qué palo
lleva por bastón! Más gordo
que mi muslo, que no es flaco.
(Registrándose los bolsillos.)
¡Ay, Dios! ¡Esta sí que es otra!
¿En dónde me habré dejado
la carta? ¡Se me ha perdido!
Pues si la ha cogido acaso
ese bestia, de seguro
que va á maldecirme un rato.
Yo, que pedía en la carta,
para comprarme tabaco,
un real, porque me he venido
sin dinero... ¡Cielo santo!
¡Qué vergüenza! Si se entera...
Y si me ve... ¡qué estacazo!
(Se dirige al foro izquierda, mirándose á un espejo. Queda breves momentos de espalda al público. Rita sale primera izquierda sin verle y se dirige al foro.)
Pero, ¿por qué será uno
tan elegante y tan guapo,
y por qué no le darán
las mujeres á uno chascos
en vez de amor y caricias
y padres que atizan tanto?
¡Anda, pues bonitas tengo
las narices de arañazos!
Pero no sé dónde estoy,
y, la verdad, si los amos
de la casa aparecieran,
y vieran en el estado
que me encuentro, pensarían...
¡qué sé yo! ¿A que hay estacazos
como en el tercero? ¡Ay, Dios,
ten piedad de un desdichado!
(Cosme sale segunda izquierda sin notar la presencia de Sinforiano. Cosme hablará con torpeza, como el hombre que está mareado.)

ESCENA VIII

SINFORIANO y COSME

COSME — Me marcharé.
(Fijándose en Sinforiano y muy sorprendido.)
(¡Dios me ampare!
¡*Mardita* sea el rey de bastos!)

SINF. — (¡Un militar!)

COSME — (Cuadrándose.) ¡A la orden!
¡A la orden!

SINF. — (Cuadrándose también.)
(Y yo, ¿qué hago?)

COSME — Perdone usted la molestia
que le doy, pero es el caso
que... ¡lo cual no indica *ná!*
porque... (no sé ni lo que hablo).

SINF. — (Pero, ¿qué dirá este hombre?)
¿Usted pertenece?...

COSME — ¡Claro!
Sí, señor, que pertenezco.
Soy del tercero montado.

SINF. — ¿Del tercero?

COSME — Sí, señor.

SINF. — ¿Le manda á usté don Fernando?

COSME — ¿Cómo?

SINF. — ¡El papá de Amparito!

COSME — ¡Qué padre ni que ocho cuartos!
(¿Me querrá tomar el pelo?
(¡La señorita Lilagros!)
(Mirando hacia la primera izquierda.)
¡A la orden! (Mutis foro.)

ESCENA IX

SINFORIANO, á poco MILAGROS

SINF. — ¡Que usted se alivie!
Si no será ese soldado
de la casa... ¡De seguro!
Pero me ha dicho. . ¡Canario!

¡Qué mujer!
(Mirando primera izquierda.)
Será la dueña
ó propietaria del cuarto,
de fijo. Yo me las guillo.
Ya me es imposible. Cuadro.
(Se quedan breves instantes mirándose el uno al otro.)

MIL. (Con dureza.) ¡Caballero!
SINF. (Muy cortado.) ¡Señorita!
MIL. ¿Usté en mi casa? ¡Qué escándalo!
SINF. Pero, si...
MIL. Siéntese usted,
hombre incorrecto y malvado;
Siéntese usted, que aunque soy
mujer, quiero dar el paso
de demostrarle, que tengo
más valor que usté.
SINF. (No se sienta.) (¡Zapato!
Esta mujer debe estar
algo loca. ¡Estoy temblando!)
(Milagros cierra todas las puertas.)
(¡Caramba, cierra las puertas!)
MIL. (Después de una pausa y muy nerviosa.)
¿Es al señor de Monago
á quien tengo la alta honra
de saludar?
SINF. ¿Eh? No alcanzo...
MIL. Voy á pedirle un favor.
SINF. ¿Un favor?
MIL. Que sea usted honrado
y que se retire.
SINF. Bien.
Si lo estaba deseando. (Medio mutis.)
MIL. Pero antes le ruego...
SINF. ¿Qué?
MIL. Que no insista más.
SINF. ¡Canario!
¿Pero usted sabe?...
MIL. Sí tal.
Su carta...
SINF. ¡Ah! Se la ha encontrado
por casualidad usted.
MIL. No finja usted; don Fernando
es dueño de...

SINF. ¿De la carta?
(¡Dios del cielo!)
MIL. Y es el caso
que tiene el genio muy fuerte.
SINF. ¡Ya lo creo! ¡Demasiado!
MIL. Conque renuncie usté al punto
y...
SINF. No puede ser; la amo
con frenesí, con pasión,
con toda mi alma; ó su mano
ó la muerte; ó su sonrisa,
señora, ó un cañonazo;
un puñal, ó sus miradas;
un revólver, ó sus labios;
una navaja, ó su talle;
un machete, ó sus encantos;
una escopeta, ó su vida;
¡un tiro á boca de jarro
antes que dejar de amarla!
MIL. ¡Es usté un infame!
SINF. (¡Diablo!)
Pero, yo ..
MIL. ¡Es usté un bandido!
SINF. (¡Ay, yo me pongo muy malo!
¡Aquí de seguro pasa
algo gordo!)
MIL. ¡Es muy villano
su proceder, señor Conde!
SINF. ¡Cómo, señor Conde! (Mirando á todos lados.)
MIL. El paso
que ha dado usté, al penetrar
en mi casa, rebajando
mi dignidad, mi honradez,
dando lugar al escándalo,
se merece un correctivo.
y le tendrá.
SINF. (¡Va á haber palos
como si lo viera, vaya!)
MIL. Y en cuanto sepa Fernando
que usté pretende...
SINF. Lo sabe,
señora.
MIL. ¿Lo sabe?
SINF. ¡Y tanto!

Pues esa ha sido la causa
de penetrar en su cuarto,
el saber que yo quería
á... ¿Vé usté estos arañazos?

MIL. Sí.

SINF. ¡Pues son suyos!

MIL. ¿Qué dice?

SINF. ¡Que me los ha regalado
él!

MIL. ¿De veras?

SINF. ¡Tan de veras!

MIL. Pero usted no le ha hecho daño,
¿verdad?

SINF. ¿Yo?

MIL. ¿Vacila usted?
¿Le ha herido?

SINF. (¿Qué dice?)

MIL. ¿Acaso
le ha muerto?

SINF. ¿Yo? No, señora,
yo bajé de cuatro en cuatro
los escalones, corriendo
como alma que lleva el diablo.

MIL. ¡Gracias, Dios mío!

SINF. (Se alegra.)

MIL. ¿Conque huyó usted?

SINF. Está bien claro.
Si no me escapo me mata.

MIL. ¡Bien por el Conde del Salto!
¿Conque es usté un miserable
que después de haber pecado
huye como un bandolero?

SINF. No, señora, como un gamo.
Mas yo no pequé.

MIL. ¿Que no?

SINF. Naturalmente

MIL. ¡Y casado!
¿Qué va á decir su mujer,
su pobre esposa, y sus cuatro
chiquitines? ¡Infelices!
¡Vaya un modo de educarlos!

SINF. ¿Pero eso es á mí, señora?

MIL. ¿A quién ha de ser?

SINF. ¡Canario!

MIL. ¿Se figura usté que ignoro
yo su matrimonio?

SINF. ¡Y tanto!
Soy soltero, de manera...

MIL. No mienta usted: me ha contado,
sin omitir un detalle,
toda su vida, Mariano.

SINF. ¿Mariano?

MIL. ¡Justo!

SINF. ¿Qué justo?

MIL. ¡Su lacayo!

SINF. ¿Mi lacayo?
Pero, señora, si yo
no tengo ningún criado,
es decir, mis padres tienen
una chica de Betanzos
para todos los quehaceres
de la casa, y está claro
que también me sirve á mí.

MIL. Pues sabrá usté que Fernando
está en el Real.

SINF. ¿Lo ha leído?

MIL. Y usté...

SINF. ¡Yo en los ocho cuartos!

MIL. Y si viene...

SINF. No me quedan
de pedir para tabaco
ganas en toda mi vida.

MIL. ¡Señor Conde!

SINF. ¡Y dale!

MIL. Alabo
su poca vergüenza.

SINF. ¿Eh?

MIL. Es usté un pillo, Monago.

SINF. ¡Qué Monago ni qué conde!
¡Qué conde ni que... me llamo
Sinforiano, y no me gustan
los motes! (Campanilla)

MIL. Están llamando.
¡Debe ser él! (Muy asustada.)
¡Van á abrir!
¡Dios nos coja confesados!

SINF. (¡Cuando digo que está loca!)

MIL. ¡Rece usté, hombre!

SINF. ¿Y yo, á qué santo,
ó á santo de qué?
MIL. Porque ese
que llama, ese es don Fernando.
SINF. ¿Fernando ha dicho usté?
MIL. Sí.
SINF. ¡El señor sea alabado!
¿Dónde me meto, señora?
Por favor ¿dónde?
MIL. Debajo
de esta mesa, ó si no, no;
mejor es en este cuarto.
(Tose el Coronel dentro.)
SINF. Ya no hay tiempo.
MIL. ¡Que se acerca,
que ya viene!
SINF. Aquí me zampo.
(Se oculta debajo de una mesa, quedando cubierto por el tapete, procurando dejar una abertura frente al público, para que se hagan mas perceptibles los movimientos del actor encargado del papel de Sinforiano.)

ESCENA X

MILAGROS, CORONEL, SINFORIANO (Oculto.)

COR. ¡Voto á doscientas mil bombas!
y ¡voto á cien mil caballos!
¡Voto á un millón!...
MIL. Caballero,
no permito los escándalos
en mi casa, de manera...
COR. ¡Señora!
MIL. Hable usté más bajo
y explique su mal humor,
si es que quiere y si es que algo
de particular encierra.
SINF. (¿Quién será el que vota tanto?
No es el padre de Amparito.)
(Sacando la cabeza por la abertura.)
COR. ¿Por qué no ha ido usté al teatro?
¿porque iba yo?
MIL. Nada de eso.

No, señor; ¿sabía yo acaso
que usted?...

COR. ¡No finja usted más!

MIL. Caballero, de mis labios
no se escapa una mentira,
y nunca tuve el descaro
que usted supone, y decir
embustes...

SINF. (Me estoy cansando.)

MIL. No me ha gustado en la vida.

COR. Señora, usté me ha engañado.
Esta carta, en que me dice
(Sacando una carta.)
si quiero estar en su palco,
¿qué demuestra? Que se burla
usted de mí. Está bien claro.

MIL. La cosa es muy natural.
Creí que hacían el *Fausto*
y resultó que cantaban
Norma, y como la oí tanto
el año anterior, no quise
asistir; luego la Vasco
no me llena, y el tenor,
ese chico valenciano
que debutó con *Lucía*
antes de ayer, es tan malo,
que, francamente, después
de pensarlo y de pensarlo,
me decidí por no ir.
Conque, ¿está usted enterado?

COR. (¿Será verdad?)
(Milagros y el Coronel hablan en voz baja.)

SINF. (Esta señora
debe ser loca. Monago
me ha dicho que soy, y luego
conde, ¡conde yo, zapato!
¡Ojalá fuese verdad!
Pero yo, ¿salgo ó no salgo
de aquí? Será lo mejor
no salir, porque ese zángano
se puede creer que yo...
Y luego que es grave el caso:
comprometo á la señora
saliendo de aquí debajo;

porque, ¿cómo va á creer
que yo estoy pasando el rato
aquí por mi gusto? ¡Quiá!
Lo que hace es darme dos palos
y poner á la señcra
como aquel que dice, á caldo.
Cada vez me escuecen más
las narices.)

COR. Si impulsado
por los celos pude ser
la causa de un gran escándalo,
la pido á usté de rodillas
que me perdone, Milagros.
(El Coronel intenta arrodillarse. Milagros se lo impide, y el Coronel le besa la mano.)

MIL. Corriente.

COR. Gracias.

SINF. (Por el beso.) (¡Zambomba!)

COR. Gracias. (La abraza.)

SINF. (¡Atiza, qué abrazo!)

MIL. Tomaremos café juntos.

COR. Como gusteis.

SINF. (Y yo, ¿qué hago?)

MIL. (Le pasaré al comedor,
y así escapa el conde.) Vamos.
(Dando el brazo al Coronel, é indicándole la segunda izquierda.)

COR. Milagros, como usted guste.
(Al pasar tropieza ó pisa á Sinforiano, y éste chilla, pero sin salir de bajo de la mesa hasta que lo marca el diálogo.)

SINF. (¡Ay, me ha deshecho una mano!)

MIL. (¡Ay, Dios mío de mi alma!)

COR. ¡Voto á cien mil cañonazos!

SINF. Padre nuestro... Padre...

COR. A ver.
¿Quién hay oculto ahí debajo?

MIL. (¡Dios mío!)

COR. ¡Voto á mi nombre,
que, ó responde ó de un balazo
le dejo seco!
(Sacando un revólver y apuntando á la mesa. Sinforiano sale gritando.)

SINF. ¡Socorro!
¡Auxilio! ¡Favor!

MIL. ¡Fernando!
COR. ¿Quién es usté? ¿Quién es ese
miserable, ese malvado?
SINF. Yo... (¡Qué bruto es este tío!)
Yo... ¡Perdón!
COR. ¡Ahora le mato!
SINF. Pues yo soy...
COR. ¡Pronto! (Apuntándole.)
SINF. Yo soy...
Baje usté un poco la mano,
que se va á escapar el tiro,
y morir á los veinte años
es muy triste.
COR. ¿No habla usted?
SINF. Sí, señor; pues...
MIL. ¡Es Monago!
SINF. ¡Qué Monago ni qué niño
muerto! No la haga usté caso.
Sinforianito es mi nombre.
COR. ¿Conque era cierto el engaño?
¡No sé cómo me contengo!
Caballero, hablemos claro.
En cuanto que asome el alba,
es lógico y necesario
que uno de los dos acabe
de existir.
SINF. (Medio mutis.)
¡Hasta el verano!
COR. ¡Quieto! ¿Tira usté la espada?
SINF. No, señor.
COR. ¿Florete acaso?
SINF. Tampoco.
COR. ¿Pistola?
SINF. Menos.
COR. Mejor, porque así es más llano
el camino para mí,
y llegaré sin trabajo
á su corazón.
SINF. ¿A qué?
COR. Todo el que se atreva, osado,
á mirar á esta señora,
ó me mata á mí, ó le mato.
SINF. Pero si. . yo sólo por
compromiso la he mirado.

Advierto á usted que no tuve intención...

COR. ¡Es usté un sandio!

SINF. Bueno.

COR. ¡Un hombre sin vergüenza!

SINF. Oiga usted. (Transición.) Bueno, me callo.

COR. ¡Sin dignidad!

SINF. Sí, señor.

COR. ¡Y cobarde!

SINF (Va empezando
la tormenta, de seguro
que me va á partir un rayo.)

COR. Ahí va mi tarjeta. (Dándosela.)

SINF. (Sin tomarla.) Pero...
caballero... si es el caso...
Yo no soy quien se figura
usté, ni menos pensarlo.
Sólo soy un infeliz,
¡un mísero desgraciado,
que se encuentra en todas partes
donde se reparte algo
poco agradable! Yo soy...

COR. ¿Quién es usté?

MIL. Pero, ¿ha rato
no se han visto ustedes?

COR. ¿Quiénes?

MIL. Ustedes.

SINF. (Le faltan varios
tornillos á esta señora.)

MIL. Diga usté, esos arañazos,
¿no me dijo usté que eran
de Fernando?

SINF. Sí.

COR. Eso es falso.

SINF. ¿Pero usté qué sabe, hombre?

COR. ¿Dice usté que le he arañado
yo?

SINF. ¡Y dale! (Están locos
por lo visto!)

ESCENA XI

DICHOS: RITA por el foro.

RITA — Don Fernando,
el vecino del tercero,
desea dar un recado
á la señora.

SINF. — ¡Ahí está
el terrible autor del daño!

COR. — ¿Quién es ese caballero?

MIL. — No le conozco, ni trato.
Pero, en fin, ¿usted no es
el señor conde del Salto?

COR. — ¿El conde del Salto éste?
Señora, ¿sigue el engaño?

MIL. — Le juro que no.

COR. — Si el conde
ha estado hoy en el teatro
y tuvo que retirarse
por desgracia muy temprano.

RITA — ¿Qué le digo á ese señor?

SINF. — ¡Que no pase! ¡Un desgraciado
por favor, se lo suplica!
(Se pone de rodillas. El Coronel le obliga á levantarse.)

COR. — Arriba.

MIL. — Hable usted.

SINF. — Volando.
Yo soy Sinforiano Nata,
el hijo del boticario
de la equina de la calle
del Clavel, número cuatro.
Estudio veterinaria,
y me faltan cinco años
para acabar la carrera
y ser un veterinario.
Tengo relaciones lícitas
con Amparo Pelagatos,
que es la hija pequeña de
doña Luz y don Fernando,

un matrimonio muy gordo
al mismo tiempo que malo.
El padre no puede verme
porque un día despachando
en la tienda, le dí arsénico
en vez de bicarbonato,
y creyó que mi intención
había sido *envenenarlo*.
La madre, es una mujer
que araña como los gatos,
y tiene largo el bigote,
y tiene largas las manos,
y muy largas las narices,
y excesivamente largo
un vestido que se pone
los martes, jueves y sábados,
La niña... ¡Un ser ideal!
Tiene el rostro un poco pálido,
cuya palidez la achaca
al amor, mas yo la achaco
á su padre, que da poco
dinero para garbanzos.
Es de nieve su garganta,
como el coral son sus labios,
cipreses son sus pestañas,
dos piñones son sus manos,
sus pies... otros dos piñones,
la boca ¡un piñón, es claro!
Elegante, bondadosa,
amable, de fino trato,
novia lícita y formal
de un servidor, Sinforiano
Nata, Natilla de Navas,
Siete colas y Ocho rabos,
y, como dije antes, soy
el hijo del boticario
de la esquina de la calle
del Clavel, número cuatro.

RITA (*Miusté* por dónde conozco
yo sin querer al muchacho
que Cosme dijo que estaba
sentenciao á cuatro palos.)

MIL. Dígale usté á ese señor
que no estoy en casa.

SINF. ¡Bravo!
MIL. ¿De modo que usté es el novio
de la hija?...
SINF. Va á hacer un año,
dos meses y doce días
para el día de los Santos
Inocentes, que la quiero
y que ella me dijo: «Te amo.»
COR. Eso, como usted comprende,
no me importa.
SINF. Estoy al cabo;
pero ya que los azares
de la suerte me arrojaron
á esta hermosa habitación,
nido alegre de dos pájaros...
MIL. / COR. ¿Cómo?
SINF. Perdónenme ustedes;
pero soy poeta á ratos,
y la alegría me embarga
y el corazón me da saltos,
porque el padre de Amparito
no ha podido entrar. Soy raro,
pero en la vida seré
hipócrita, tonto y falso.
(Con entonación cómico-dramática.)
«¡Oh, palomita, que estás
á tu palomo esperando!
¡Oh, Amparito de mi vida;
tú eres mi vida y mi encanto!»
Esto se lo he puesto anoche
en el abanico á Amparo.
No tiene ninguna gracia,
pero merece un aplauso.
COR. Como usted comprenderá,
nos tiene muy sin cuidado
que usted escriba con gracia
ó sin ella. ¿Verdad? (A Milagros.)
MIL. Claro.
COR. (Entregándole el sombrero.)
El sombrero.
SINF. Muchas gracias.
COR. Y ojo al Cristo, que es de palo.
MIL. ¡Ojo al papá!

SINF. Comprendido;
y... ¡Ojo con los estacazos!
Servidor, y buenas noches.
(Medio mutis.)
Dos palabras y me marcho.
(Dirigiéndose al público.)
Compadezco á los novios que no tienen
un medio más sencillo
para comunicarse, que el de un triste
y oscuro ventanillo.
Y envidio á los que tienen la fortuna
de escribir poco ó nada,
y el público les premia sus sandeces
con nutrida palmada.
Público, si el juguete te agradó,
aplaude, que también escribo yo.

TELON

OBRAS DRAMÁTICAS DE RAFAEL RAMÍREZ

Los tímidos.

Canuto.

Pequeñeces.

Escenas sueltas.

El fuego de anoche.

De tres á cuatro.

El señor López.

Cero y van cuatro.

El hijo del boticario.

Dicho y hecho.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.